

poblaron las ciudades arenosas de un idioma
olvidado
y en sus ojos vacíos las graves noches entreabrieron
llantos.

El poeta que aceptó nacer para ser cronista desterrado en el aire
brumoso de América, siente su impotencia y siente cómo la sangre
se le quema en cautivas ciudades y cómo todo regreso es imposible:

Ya no puede volver, máscara o huevo de desdicha.
Por eso estoy quemándome en cautivas ciudades de
túneles sin ángeles.

El libro de Parfeniuk nos ha hecho meditar y creo que ése es el
mayor elogio que pueda hacerse de un libro. Por eso mismo él se ha
hecho acreedor a nuestro agradecimiento. Quizá haya un misterioso
ámbito donde el pensar, el poetizar y el agradecer constituyan un
mismo lugar de reunión y sean la forma de corresponder a una mis-
ma palabra que nos convoca.

SANTA TERESA, MUJER DE LETRAS Y ORACION *

por O. POL S.J. (Córdoba)

Acallados los ecos de las celebraciones del Año Teresiano, volva-
mos hoy —al modo de una “repetición” ignaciana— a la insigne figura
de la mística Doctora / no para reiterar el homenaje sino para abrevi-
arnos e inspirarnos espiritualmente / en las aguas caudalosas de su
espíritu. Siempre es oportuno retomar la memoria de esos arquetipos
evangélicos que son los Santos, pero nunca tanta oportunidad como
ésta del comienzo del año académico, para evocar a Santa Teresa de
Jesús, flamante Patrona de nuestra Biblioteca, amiga “de letras” y
maestra de oración, ya que son esos mismos dos caminos los que en
esta Casa caminamos —intentamos caminar— hacia la Sabiduría. No
sé si podré yo guiarles el recuerdo con la versación que ella y ustedes
se merecen no siendo un erudito indagador de su Obra ni un especia-
lista en teologías místicas; pero sí sé decirles que encaro la tarea no
sólo con interés curioso sino con infinita simpatía. Todo lo teresiano
me resulta familiar, quizás porque desde muy niño, en la lejana iglesia
pueblerina puesta bajo su advocación —donde fui bautizado y donde
por primera vez me acerqué a la Eucaristía— su imagen serena y
luminosa guió mis primeros sentimientos religiosos y poéticos; y tengo
para mí como una de las peregrinaciones más extrañas la que me
llevó por primera vez a Avila y Alba de Tormes ávido de sus reliquias
y la que me acerca con frecuencia al manantial de sus escritos. Por
todo esto no esperen de mí el pensamiento original ni el alarde de lo
novedoso, sino más bien el cálido acercamiento, fascinado y temeroso,
de la admiración y el cariño.

Dios situó a Teresa de Jesús en un *siglo* azaroso, en muchos sen-
tidos parecido al nuestro. Sin duda es esta una de las claves de la
actualidad de su figura. Toda su vida transcurre en el corazón mismo
del *siglo* XVI, iluminado y fecundo, zarandeado de descubrimientos y
de crisis. América, recién acontecida para Europa, funda entusiasmos
nuevos, fomenta fervores y fantasía sin cuento, dando a España y el
mundo horizontes impredecibles. Teresa nace en 1515. En el 17 Lutero
lanza las primeras llamaradas de la Reforma Protestante. Carlos V,
el Emperador, más resplandeciente que Carlomagno, acaba de llegar
de Flandes y es coronado en 1520: de ahí en más se la pasará enre-
dando a todo el mundo en sus inacabables rencillas con Francisco I
de Francia y sus tironeos con el Papa. En 1527 nace en Cuenca el
cristalino fray Luis de León, lujo insigne de la poesía y la prosa
castellanas. En 1534 Inglaterra se enrieda en el cisma: el rey Enrique
lleva al altar sacrílego y al patíbulo a sucesivas esposas; hace subir

* Siguiendo una costumbre inaugurada hace un tiempo por nuestra
revista, publicamos aquí la lección inaugural de las Facultades de Filosofía
y Teología del Colegio Máximo de San Miguel, tenida el 14-3-1983.

al martirio a su canciller Tomas Moro; mientras a la sombra de la Sorbona nace, para la Iglesia y para el mundo, la Compañía de Jesús: en la cumbre de Montmartre Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros deciden irse a vivir a Tierra Santa. Calvino, desde Ginebra, pulsa otra cuerda de la Reforma que hiere a la unidad de la Iglesia, en 1536. Y en el 42 nace, en Hontiveros de Avila, Juan de Yepes, ardido frailecito carmelita que llenará de santidad y poesía el mundo entero: ¡entrañable san Juan de la Cruz! La Inquisición anda por ahí, salvando y constriñendo, luces y sombras por doquier. Y en tanto, Miguel Angel esculpe sus carraras y da las pinceladas definitivas a la Sixtina. En 1544 las entrañas ubérrimas de América son abiertas en las minas del Plata de Potosí. Magallanes y Elcano dan la vuelta al mundo por rutas del todo nuevas; al empuje de Cortés se derrumba el imperio ya decadente de los aztecas; Copérnico embriaga al mundo con su teoría astronómica: ya no hay cielos de cristal, el sol está quieto, la tierra gira en torno a él... Teresa tiene 30 años cuando comienza el Concilio de Trento: la Contrarreforma está en marcha, comienza a dar sus frutos, la Iglesia se defiende de la herejía y el cismo retomando las Fuentes. Trento, ese acontecimiento inmenso que todavía nos nutre, culminará en 1563; ya ha muerto Lutero; también Ignacio de Loyola. Abdica el Emperador y ciñe su corona el católico nieto de Juana la Loca, Felipe II, reinando sobre esa gran potencia mundial que es España, en cuyos dominios no se pone nunca el sol. Y el Escorial comienza a elevarse y dar la cara a los vientos que bajan de las lomas del Guadarrama; Madrid es designada sede de la Corte y capital del Reyno. En 1564 nace Shakespeare y poco más tarde Cervantes, el gigante de nuestra lengua. En el 71 el turco cede ante el triunfo de Lepanto y poco después, la Armada Invencible echa por tierra las ambiciones de la Cristiandad sucumbiendo vencida en las cercanías del Canal de la Mancha. Don Juan de Austria, el bastardo de Carlos V, hace la simbiosis de la leyenda y el heroísmo con la hermosura, llenando de ilusiones con su figura espléndida y sus campañas en Flandes, las veleidades de los jóvenes de su tiempo. En 1580 nace Quevedo y poco después Góngora; pugnarán en ellos con sendos triunfos el concepto y la forma: ya apunta el barroco y el manierismo de una España en el climax, engolosinada de poder pero despeñándose para siempre. Siglo de santos incontables: Ignacio, Juan de Avila, Pedro de Alcántara, Borja, Javier y tantos más, engendrados por una España esplendorosa adherida a las savias mismas de la Iglesia. Y en el centro de ese siglo, Teresa la Grande, la Doctora, la Mística, la Reformadora, la Poeta, irradiando sabiduría, sensatez, santidad y buen humor... fuerza y calidades nunca antes vistas en mujer alguna.

Teresa nace en Avila y no porque sí. No podía haber nacido en otro paisaje. Allí, en el corazón mismo de Castilla. Esa tierra "llanada por el norte, desnuda, absoluta, casi infinita; campos de buen trigo, apta para soñar, para la poesía y el vuelo místico... Y la Sierra de Gredos por el sur, con sus cumbres abruptas, sus boscajes, su ladera meridional cargada de olivares, con vides y de flores..."¹. En esa

meseta llena de misterio, donde todo nos verticaliza, donde el gesto simple alcanza la grandeza de lo heroico. En Avila, ciudad de torres almenadas, con su muralla ilustre y sus cimientos romanos; regada por sangre de mártires; lugar del encuentro de la España judía y la musulmana con la ganada para Cristo a fuerza de Cides, de Isabeles, de corazonadas del espíritu y la espada. Tierra de santos, de conquistadores, de teólogos y misioneros que de ella salen y a ella vuelven con sus vidas plenas e irradiantes. Tierra de poetas y de músicos como Tomás de Victoria, el de los madrigales emocionados... "Ningún pueblo del mundo puede ofrecer una llamarada así del espíritu como Avila, la amurallada, y su tierra parda, verde, pajiza, violácea; y su cielo azul, rabiosamente azul, inmaterial; y su aire que hasta helado a veces, arde y abraza. Avila, castillo interior, castillo del silencio, castillo recio y suave al mismo tiempo del Divino Amor"...².

Teresa nace, dijimos, en 1515, el 28 de marzo. Don Alonso Sánchez de Cepeda, su padre, viudo ya y con dos hijos, volvió a casarse con la que sería la madre de Teresa. Linaje de judíos corre en las venas de la Santa por línea paterna, convertidos desde hace dos generaciones y también desde allí cristianos ciento por ciento (su abuelo estuvo procesado por la Inquisición!). No pocos rasgos de la personalidad de Teresa provendrán de estos ancestros. La Madre, piadosa matrona castellana de ilustres parentescos, Da. Beatriz de Ahumada, dio a su esposo diez hijos más. Teresa sería la primera de este matrimonio y por eso, según costumbre de la época, por ser la hija mayor, llevará el apellido materno. "Eramos tres hermanas y nueve hermanos" escribirá después. El mayor de los varones luchó en Italia y murió de un tiro de arcabuz. De los otros, siete fueron también soldados y conquistadores en América... Y hubo en su familia sobrinos frailes y monjas y padres fecundos y héroes y sabios. Agustín, por ejemplo, que residió muchos años en Chile y fue Gobernador del Tucumán³. Fue Teresa el colmo de carnal y cariñosa con los suyos; con todos mantuvo el máximo contacto posible. Eran sus padres "aficionados a leer buenos libros y así los tenían de romances para que leyesen sus hijos" dice ella misma, que sin duda se nutrió en su casa —como Dn. Alonso Quijano— con leyendas y fantasmas de caballería. Cuando tenía cerca de 12 años murió su madre y Teresa hubo de hacerse cargo de sus 9 hermanos menores, cosa que la lleva a tener con su padre —al que describe casi con los mismos rasgos con que el Greco pintó a su caballero de la mano en el pecho— una relación muy entrañable. "Comencé —nos cuenta en el libro de la Vida—, a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser yo muy curiosa... Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada"... En 1531 es internada en el convento de las Agustinas de Santa María de la Gracia: "Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada..."

² *Guía Teresiana* (texto de B. Jiménez Duque), Madrid, 81.

³ Rodrigo, su hermano, vino con Mendoza a fundar Bs. As. (Cfr. A. Battistessa. *La Nación* 3-X-82).

¹ Cfr. nota (2) de la pág. sig.

Allí conoció a la monja María de Briceño, que tanto influiría en ella. Unos años después, a los veinte años más o menos, ingresa en el convento de las Carmelitas de la Encarnación, de Avila: "Casa grande y deleitosa..." dirá. En el 37 hace su profesión religiosa y al año siguiente, aquejada de grave enfermedad, debe abandonar temporariamente el claustro por unos meses; San José tendrá mucho que ver en la curación de esas extrañas fiebres. En el 43 también sale un tiempo, para ayudar a bien morir a su Padre. Ya muy crecida en la oración y con mucho ajeteo místico, va abriéndose en ella camino la idea de fundar un convento de mayor clausura y austeridad, al modo del que prescribía la antigua regla carmelitana. Y en 1562, con el permiso del Papa, se inaugura el convento de San José, que ella amará como casa madre de la Reforma del Carmelo. Sufre contradicciones, persecución, calumnias... pero ya sus pies andan "descalzados", sus hábitos son bastos, el silencio es ley, la clausura estricta; el Espíritu campea en el corazón de sus monjas y en todos los rincones de la casa. Esto de ser "las descalzas" tendrá su inmenso simbolismo: bastan sandalias para caminar los caminos de Dios; la pobreza es libertad. Recibirá luego órdenes de fundar más casas al modo de la de San José. Empezará esa tarea con pasión y si doliéndose abandona en cada viaje los pobres claustros del Carmelo, convertirá en ámbitos de oración y silencio el ruido de todos los caminos y las ventas de España. A pie, en carretas destartadas, sola o acompañada por algún grupo de novicias, desparramará "palomarcicos" —como ella los llamaba— por todo el Reino. En visitas tediosas a bienhechores y prelados, en días al viento y noches en mala posada, consultada por la nobleza y por los pobres, desparramando caridad a manos llenas, sabiduría y sentido común, sembrará por años amor a Dios, al silencio, a la oración, a la penitencia y la fidelidad a la Iglesia. Entre consolaciones y pruebas aridísimas, con sus crónicos dolores físicos auestas y la mirada por el cielo sin dejar de pasearse por los puchereros; aconsejando, iluminando caminos del espíritu, adentrándose por los laberintos del castillo interior, desechando ilusiones y trampas del mal, testimoniando con su vida útil generosamente entregada al servicio de Dios... Y de los hombres, que es lo mismo. Medina del Campo, Valladolid, Madrid; Malagón, Toledo, Pastrana; Alcalá de Henares, Salamanca, Segovia; Beas de Segura en Jaén, Sevilla, Caravaca, Villanueva de Jara en Cuenca; Palencia, Soria, Granada, Burgos... por doquier va dejando la Madre Teresa su magnanimidad espiritual, su alegría, con sed y esperanza de Absoluto, con deseos de eternidad. Hasta ir presurosa a su convento amado de San José de Avila, en aquel último otoño de su vida, ansiosa por morir en paz. Y aún allí, el último servicio, la última entrega: es desviada a Alba de Tormes, porque la duquesa está a punto de parir y no se resigna a hacerlo sin tener a su lado a la Madre. En Alba, pues, entregará su alma a Dios; paloma blanca que voló al altísimo quedando para siempre anidada entre nosotros. Era el 4 de octubre de 1582. Pero ese mismo día, por la Reforma Gregoriana del Calendario, el mundo corrió once días de golpe en un solo día y es por eso que conmemoramos su muerte el 15 de octubre. Acabamos de celebrar su cuarto centenario.

Horas y horas de oración y recogimiento interior; diálogos y entrevistas sin cuento con tantos por iluminar, guiar, consolar; viajes prolongados, enfermedades constantes de una naturaleza débil... pero además, Teresa de Jesús, mujer de letras, *doctora en sabidurías divinas y humanas*. De noche, apoyada en troncos o en cuclillas y a la luz de un candil, con plumas de gansos y sin enterarse de que ya en 1565 se habían inventado en Inglaterra los lapiceros, escribía sus cientos y cientos de cartas, los libros que le mandaban sus superiores sospechosos, sus confesores inquietos, sus ímpetus interiores. Mujer culta —y quizás también desde esta vertiente humildísima—, lectora insaciable desde su juventud primera, con ese genio de los elegidos para manejar el idioma elevándolo a la categoría de la poesía. Su prosa, sobre todo su prosa, no tiene igual. Decía de ella fray Luis de León: "En la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con sus escritos le iguale..."

La *lengua castellana* está recién horneada. Admite aún cierta dureza y traba en desplegar sus infinitas posibilidades. Pero trae un tufillo de pan fresco, de flor silvestre muy cercana a las savias de la raíz; y sin artificio alguno el habla popular y el idioma de los letrados: son una misma epifanía y música (caballero y escudero tejen y destejen, entendiéndose y desentendiéndose y malentendiéndose, la maravilla de nuestro idioma). Los más altos significados no desdeñan los más humildes significantes. La comparación es metáfora en ciernes, límpida, restallante de colorido. El hipébaton es más rico que el que nosotros usamos desgastado por un habla que insensiblemente va deslizándose a la pobreza, sometiéndose a las simplificaciones de la electrónica, a los rípios de la máquina. Aquel era un idioma para decir lo indecible por alto y por hondo; el nuestro, un idioma para nombrar lo rasante. La sintaxis se nos antoja hoy forzada y nos cuesta admitir que allí, quien hacía fuerza, era el verbo dinamizándolo todo, el adjetivo recogiendo todos los matices del arcoiris, el sustantivo sólido y rotundo. Lengua reciente para una reciente hegemonía sobre el mundo y una reciente apertura hacia lo celestial, de una España que habitaba con igual señorío lo inmanente y lo trascendente. Convendría recordar cómo durante el reinado de Felipe II florece con vigor y empuje un género que, aún reconociendo antecedentes, no había alcanzado su climax: la *literatura mística cristiana*⁴. Mientras que en el extranjero había dado sus mejores frutos en la Edad Media, por múltiples razones no llegará a España hasta este momento⁵. La Reforma religiosa llevada a cabo por el Cardenal Cisneros, agudizó el sentimiento y la valoración de la fe; la oposición a la Reforma Protestante también obligará a un compromiso más intenso. Además, en la época del Emperador habían salido de España numerosos estudiantes hacia otras

⁴ Glosa en esta parte por momentos a J. M. López: *Historia de la lit. española*, Enciclopedia Labor, tomo VII, 1957, pp. 514-517.

⁵ Quizás en España "no existió la Edad Media" (cfr. A. Castro: *Teresa, La Santa y otros ensayos*, Alianza, Madrid, 1982, p. 15).

universidades europeas, donde conocerían la obra de los místicos flamencos y alemanes, cuya conexión con los españoles será un tema inagotable de la crítica posterior⁶. Lo cierto es que hasta este momento la literatura religiosa española es acentadamente moralizante, sacando rarisimas excepciones (R. Llull, por ej.). La vertiente ascética de la experiencia religiosa, sobre todo con su componente místico en la culminación del ciclo contemplativo y más en el unitivo, donde el alma aspira y logra la íntima unión con Dios y el anticipo de la beatitud que El otorga a los elegidos, es registrada por los místicos españoles recién en el s. XVI, pero con una impronta tan intensa y calificada que los convertirá en criterio para discernir la autenticidad de los anteriores y posteriores a ellos. Ya en la vía iluminativa se pisa un terreno de naturaleza mística: se perciben los dones de Dios, su presencia es gozada; pero todo culminará en la vía unitiva, cuando habiendo perdido toda significación las cosas de este mundo, el alma quede a solas con Dios en gozosa pasividad y total entrega. El amor es el solo camino hacia la intimidad con Dios y escapa al conocimiento humano. San Bernardo, san Buenaventura; los alemanes Eckart, Tauler y Suso; los flamencos Ruysbroeck, Dionisio el Cartujano y Tomás de Kempis nos acercan no sólo ciertas influencias agustinianas, sino también platónicas, que alejando la vida religiosa de lo intelectual, la hacen acentadamente intuitiva y emotiva. La Contrarreforma había de frenar un poco este intimismo, conciliándolo con la práctica externa, logrando lo que será una forma netamente española. "Contemplativus in actione". Contacto con la realidad que aleje del peligro del panteísmo y ponga a salvo la afirmación de la personalidad y la libertad individual, sin comprometer tampoco la trascendencia divina. El punto de partida suele ser la contemplación de Jesús, el de la Pasión o la Natividad (cfr. la pintura de ese momento!); pero el fondo de sí mismo será para los místicos el verdadero lugar del encuentro con Dios. "En el centro interior del alma... está el mismo Dios", dirá la Madre Teresa, fina y penetrante en el análisis. Nuestros místicos, movidos por un afán evangelizador popularizarán sus experiencias con un estilo natural, sin pretensiones literarias explícitas, con una llaneza y espontaneidad que les conferirá a la postre su verdadero valor estético. Por cierto que el lenguaje directo se hace insuficiente dada la índola inefable de las cuestiones tratadas. Se recurrirá entonces a una variadísima gama de símbolos, metáforas, frases de sentido vago, paradojas, exclamaciones, etc. Tengamos en cuenta la aguda aseveración de Américo Castro: "La mística —como la lírica— de no llegar a la expresión excelsa, queda reducida a vulgar insignificancia"⁷. Osuna, Laredo, san Ignacio de Loyola, san Alonso Rodríguez o san Juan de Avila, son acendradamente ortodoxos... pero también aparecerán los enfermos de "iluminismo" que la Inquisición reprimirá constantemente. En el siglo XVII esta corriente se anegará en el quietismo, denunciando una franca decadencia de la mística. Pero el siglo XVI es el de Luis de Gra-

nada, Malón de Chaide, fray Juan de los Angeles, san Pedro de Alcántara y sobre todo, sobre todo el de Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. España se abría a nuevos mundos también en esta indagación de las hondonadas místicas. Ya estaba abonada por los místicos musulmanes y sufíes y también por los que engendró la judería⁸, pero esta afirmación quintaesenciada de la fe cristiana que es la mística española reflejará también el mejor lado de la Contrarreforma: pura e intensa espiritualidad enmarcada en la tradición y la Institución eclesial, con la búsqueda de apostólica expansión que intenta incendiar el mundo: "¡Oh, qué buena locura, Hermanas, si nos la diese Dios a todas!..." dirá Teresa. Teresa, de ejemplar energía, animosa, sincera, entusiasta y decidida, se entrega a la oración, las "locuciones", las "visiones", los éxtasis y arrebatos místicos sin dejar de obrar la Reforma del Carmelo —y de buena parte de la Iglesia—, influyendo con su presencia en todas las otras órdenes religiosas y además, además, *escribiendo*.

En sus "Estudios y Discursos de Crítica Literaria" dice Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo: "Por una sola página de Santa Teresa pueden darse infinitos celebrados libros de nuestra literatura y de las extrañas; y por la gloria que nuestro país tiene por haberla producido, cambiaría yo de buen grado, si hubiéramos de perder una de ambas cosas, toda la gloria militar que oprime y fatiga nuestros anales... No hay prosa ni verso que basten para igualar, ni aún de lejos se acerquen, a cualquiera de los capítulos de su Vida, autobiografía a ninguna semejante, en la que con la más peregrina modestia se narran las singulares mercedes que Dios la hizo y se habla y discurre de las más altas revelaciones místicas con una sencillez y un sublime descuido de frases que deleitan enamoran...". Escribe, sí, con la limpieza, desenvoltura y firmeza que la definen como persona. Realista al máximo, sin olvidar nunca la experiencia cotidiana de los fenómenos religiosos, funda su doctrina espiritual: la oración, su apego a la Humanidad del Señor, su amor a la Iglesia visible, la conjunción de recogimiento contemplativo y actividad práctica. Enemiga de ñoñeces y sentimentalismos decía a sus monjas: "No pensemos que todo está hecho llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho y de las virtudes...". Tierra y sencilla, se nutrirá al comienzo de la espiritualidad franciscana. Nunca partidaria de abstracciones, busca a Dios en el fondo de su alma pero aferrada a la Humanidad del Verbo. Nunca escribió sino por mandato de sus superiores, sin pretender explícitamente lo literario y menos aún la mínima vanidad personal. Nunca releyó lo escrito; su lenguaje, siempre llano y usual en el habla familiar de Castilla, adquiere hoy un inmenso valor histórico y filológico. A veces, llena de actividades y responsabilidades, olvida la claridad de algunas expresiones o frases de débil sintáxis. Usará vulgarismos —naide, aunque, ilesia— a fuer de puro humilde; y sin ser letrada como una académica,

⁶ Esta es opinión de Menéndez y Pelayo (cfr. Castro, p. 47-9).

⁷ Cfr. Castro, op. cit., p. 56.

⁸ No hay pruebas de interacción entre los místicos judíos y cristianos, pero el alto porcentaje de místicos españoles con sangre judía sigue siendo un hecho notable (cfr. Castro, Stephen Chisold, etc.).

conoció a fondo la Biblia, san Agustín, el Kempis y muchísimas otras obras religiosas⁹, además del Amadís de Gaula, Don Belianís de Grecia, las Sergas de Esplandián y esas linduras de caballería que desde niña le nutren la imaginación, lo cual es realmente singular en una mujer de su tiempo y ejemplar aún hoy día. “Gran cosa es saber —decía en Las Moradas— y las letras para todo”. “Siempre fui amiga de letras”... Su estilo es modelo de plasticidad. Preocupada por hacerse entender, luchando contra su falta de costumbre en la redacción literaria y con la oscuridad de los conceptos que debía exponer recurre a imágenes de la vida cotidiana y referencias pintorescas a lo usual, con lo que acarrea gran fuerza expresiva, y directa simpatía con el lector. El alma, por ejemplo, será un huerto, un gusano de seda, una mariposa, un ave fénix, un castillo de diamante, una novia esperando al esposo... o, pecadora, un sapo en el cieno. Dice Américo Castro: “En todo caso su estilo nunca dará sensación de planicie, sino de altura hecha accesible...”¹⁰.

Jamás pensó Teresa en que sus obras se editarían —todas fueron escritas para la intimidad de sus conventos—, no obstante se han hecho miles de ediciones y en todos los idiomas. La primera edición castellana data de 1588. Fue presentada por fray Luis de León. Recorramos, aún cuando brevemente, su Obra. Lo primero es el “*Libro de la Vida*” (lo llamaba: “el libro grande”, “el libro de las misericordias de Dios” o simplemente “El libro de mi alma”), escrito cuando frizaba los 50 años. Texto de corte autobiográfico, con 40 capítulos ágiles y vibrantes, de “palabras que levantan llama por donde quiera que pasan” dirá el mismo fray Luis. “El libro más hondo, denso y penetrante que existe en ninguna literatura europea. A su lado, los más agudos analistas del yo, un Stendhal, un B. Constant, son niños inexpertos...” dirá Azorín¹¹. El original está en la biblioteca de El Escorial. Luego vendrá el “*Camino de Perfección*” escrito en el convento de san José para enseñar a sus monjas el valor de las virtudes cristianas y la manera de hacer oración vocal y mental; en 1569 retomará el texto y lo ampliará; hay un códice en El Escorial y otro en las Descalzas de Valladolid. Entre el 66 y 67 escribe las “*Meditaciones sobre los Cantares*”¹² —lo rehará en el 74—. Son siete capítulos breves, de los que hemos perdido los originales aunque hay copias de la época. Comienza declarando la veneración con que han de ser leídos los libros santos y después de señalar las calidades distintas o notas peculiares de la verdadera paz del alma, habla de la oración de quietud y de unión. En Toledo, en 1577, durante dos meses trabajó en su obra cumbre: “*Las Moradas o Castillo interior*”. Lo terminaría luego en Avila. El de la “*Vida*” es más perfecto literariamente, pero aquí sus escritos alcanzan un vuelo intelec-

tual y místico seguramente superior. En él dibuja su alma, comparándola a un castillo interior, con muchas moradas, referidas a Dios, Señor del Castillo, luz suprema que ilumina las estancias íntimas y últimas de la persona. La imagen de este castillo o fortaleza puede provenir de antiguas tradiciones —aún bíblica— o de su misma experiencia abulense. La obra está estructurada en siete partes que corresponden a cada una de las moradas. El asunto principal es la oración, fibra y tuétano de la vida carmelitana. Desde la primera Morada que es la de los buenos deseos y las buenas obras, todo asciende hasta la séptima, el lugar y habitación de la paz “adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma”. La segunda es el ámbito del alma que ora y se mortifica, pero aún no dispuesta a dejarlo todo, sufre distracciones, tentación e indecisiones. La tercera, es lugar de mucha oración y virtud, pero aún con amor propio que ha de ser humillado y ejercitado en la obediencia. La cuarta ya alcanza un recogimiento sobrenatural: oración de recogimiento y comienzo de la quietud; unión inicial, sentimiento aún confuso de la presencia de Dios, el alma va ensanchándose, hay que tener cuidados... perseverar. La quinta es zona donde todo es ya diferente a lo anterior; principio del fin; las próximas dos sólo diferirán en intensidad, pero son parte del mismo don de Dios. Gran certidumbre de la presencia de Dios, pero de orden puramente espiritual; ya no hay ilusiones ni lagartijas de la imaginación. Oración de unión: total, con certeza de que Dios está, secuela de penas y trabajos (piedra de toque de orden ético que no puede faltar en toda la doctrina teresiana). Todo es sobrenatural: Dios da cuanto quiere y como quiere. Podemos hacer “disponiéndonos”. Unión regalada y de conformidad. La sexta: va a cumplirse la plenitud de la unión, la total purificación, los dolores que ella exige. Empiezan las mercedes radiantes: inflamaciones sobrenaturales e inefables, herida amorosa, inflamación deleitosa, hablas divinas, todo modela al alma para hacerla digna del desposorio. Cuidar la melancolía... Se celebra el desposorio: Dios da arrobamiento; sólo un tenue velo separa al alma de Dios. El alma sale de sí, con suavidad (arrobamiento) o con ímpetu (raptovuelo), con júbilo o con gran dolor. Especie de purgatorio último... Aquí hay grado altísimo de perfección. El demonio puede introducirse con sutilísimos ardides... “no todo está en llorar, hay que obrar bien”. Acudir a la Humanidad del Señor, contemplar. Y entonces sí, estamos en la séptima morada: se rasga el velo y aparece Dios, con los resplandores de la Trinidad. Y aquí dará la santa una descripción genial de la estructura del alma humana. Aquí está el desposorio, la paz, el matrimonio espiritual. “Una cosa con Dios”. Abrazo perenne con Dios, la comunicación con el Señor es total. No puede ya decirse más que “¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas! Y cosas de esta manera...”. Desde el espíritu Dios se derrama a las potencias y sentidos. Todo esto nos es dado para llevar mejor la cruz y los trabajos... aclara la sensatez teresiana. Tenía Teresa entonces 62 años; hacía ya dos que había experimentado el nivel de la séptima morada. El texto fue hecho público sólo después de su muerte. El autógrafo está en el Carmelo de Sevilla. El asunto del libro es tan alto, que las imperfecciones literarias no cuentan casi, o, como dice fray Luis: “hace con tan buena gracia esta

⁹ Fray Bernardino de Laredo: *Subida del Monte Sión*; fray Fco. de Osuna: *Tercer Abecedario espiritual*; etc.

¹⁰ Castro: op. cit., p. 31.

¹¹ *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, Ed. Nac., Madrid, CSJC, T. 6, pp. 259-260.

¹² El P. Diego de Yanguas le mandó quemarlo (él lo dijo, después de la muerte de Teresa).

mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura". Ya lo había ella anunciado: "Si su Magestad y el Espíritu no menea la pluma, bien sé que será imposible...". Escribirá además unas "*Cuentas de Conciencia*" donde no poco tendrán que ver sus confesores jesuitas (más que santos los apreciaba sabios!!!). También hay una recopilación de lo que ella llamó "*Exclamaciones*", saetas encendidas de caridad. El libro "*de las Fundaciones*" es historia de los conventos que fundó, redactada en distintas épocas, tesoro documental extraordinario con abundantes disgresiones de orden moral y psicológico. Las "*Constituciones*" son leyes o normas por las que debían regirse sus monjas y frailes. En "*Visita de Descalzas*" da avisos a los preladados encargados de visitar sus conventos. Se conservan además unos "*Apuntes*". También casi 500 de las miles de *Cartas* que escribió en estilo coloquial, preciso y hasta gracioso. Escribe allí como lo siente cuando tiene que regañar a una priora, reclamar unos pavos, o consolar una novicia. Quedan también 59 *Avisos* de su propia mano...

Asombra tanta obra, escrita en tan pocos años, años tan llenos de pruebas, dolores, traslados, disputas y sinsabores de la Reforma. Y todo hecho en su estilo: "¿Para qué quieren que escriba? —decía—. Escriban los letrados que han estudiado, que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo; pondré un vocablo por otro con que haré daño; hartos libros hay de cosas de oración. Por amor de Dios, me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión como las demás hermanas, que no soy para escribir ni tengo salud ni cabeza para ello..." (al P. Gracián antes de escribir las *Moradas*). Dice Castro: "La obra de santa Teresa ha abierto a la literatura europea moderna la senda de la confianza y la confesión..."¹³.

Y además, está su *Poesía*. ¡Cómo no detenerme en ella! Si Dios dejó las cosas "vestidas de su hermosura", quien tan cerca estuvo de El, poeta por antonomasia, ¡cómo no había de intentar también esa aventura de la palabra ardidada! San Juan de la Cruz es sin duda el más grande de los poetas místicos "Mi Senequita", "Madrecito", "fraylecico" lo llamaba la madraza santa Teresa, vertiendo en el apodo todo el cariño que a él la unía y el buen humor que le provocaba su figura escueta y débil. Ella tenía 50 años cuando lo conoció; Juan de Yepes, apenas 25. Cuántas cosas los unió, desde el despreciado linaje del que sólo en privado se podía hablar, hasta la cumbre de la experiencia mística. Fue ella quien lo encendió en amor a Dios, quien lo impulsó a la Reforma carmelitana y lo guió en sus primeras pruebas y sufrimientos. Discípulo suyo sin duda en cosas del espíritu. Pero en esto de la *Poesía*, él llegó más lejos, que ella y que todos. Si en este tema pudiesen hacerse comparaciones, diríamos —con Dn. Dámaso Alonso— que "San Juan de la Cruz es el más grande poeta de nuestra lengua y quizás el mayor de todos los tiempos y de todas las lenguas". Nos dejó en el "*Cántico*", en "*La llama*" y "*La noche*" la mejor poesía que al hombre le es posible. Teresa no puede compararsele en calidad poética. En prosa ciertamente lo supera. Pero ella, también intentó la poesía. Y siendo en este nivel

tan natural como en todos, hizo cosas muy bellas. Decía de sí misma: "Yo sé de persona que con no ser poeta, le acaecía hacer presto coplas muy sentidas, declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento..." (Vida 16, 4). No sé si recuerdan estos versos:

Si el amor que me tenéis
Dios mío es como el que os tengo
decidme, en qué me detengo
o Vos en qué os detenéis.

Alma, que queréis de mí.
Dios mío no más que verte.
Y qué temes más de ti?
Lo que más temo es perderte.

Un alma en Dios escondida
qué tiene que desear
sino amar y más amar
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo a amar.

Un amor que ocupe os pido
Dios mío mi alma os tenga
para hacer su dulce nido
a donde más la convenga.

No dominaba las técnicas del verso. No intentaba decir más que lo que su ardiente amor a Dios le dictaba o lo que sirviera a sus monjas, las alegrara, las elevase. E implantó en el Carmelo, además de tanta otra cosa, el amor a la Poesía, a la canción, al gozo que viene por la palabra celebrada. Todos sus libros son bellos y de alguna manera poéticos. Pero además, como dicen los testigos, "componía coplas muy bellas, sabiéndolo hacer muy bien". Y las cantaba mientras recorría sus caminos interminables, las cantaban sus monjas en coro en las fiestas litúrgicas o de velaciones y hasta las bailaban! ("Estando las religiosas en la noche en recreación salió la Santa Madre de su celda arrebatada de un maravilloso fervor y ímpetu de espíritu, danzando y cantando y hizo que el convento la ayudase, lo que hicieron con notable alegría de espíritu. El danzar que entonces y en aquellos tiempos la santa Madre y sus hijas usaban era, no arregladamente ni con vihuelas, sino que daban unas palmadas, como dice el Rey David, omnes gentes plaudite manibus, y discurrían así con más armonía y gracia de espíritu que otra cosa...". Nota del manuscrito 1400 a la poesía "Vertiendo está la sangre". Sonajas y panderos, pitos y flautas, cantos y risas la sacaban de sí. Dios me libre de santos encapotados —decía— que hacen a la virtud y a sí mismos aborrecibles...". Versos espontáneos, ingenuos, sencillos, transparentadores de la claridad y pureza de su alma.

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí

¹³ Cfr. Castro: op. cit., p. 83.

después que muero de amor.
 Porque vivo en el Señor
 que me quiso para sí.
 Cuando el corazón le dí
 puso en mí este letrero:
 que muero porque no muero.

.....

Sus composiciones se originan casi todas en una profesión religiosa, una fiesta litúrgica, unos villancicos navideños. Hizo muchísimas, la mayoría de las veces improvisadas y luego olvidadas. Casi todo aquello se perdió. Ciertas de la Santa nos quedan unas 24 composiciones; menos ciertas unas 5; dudosas 2. 8 de ellas son de carácter lírico:

Oh hermosura que excedéis
 a todas las hermosuras!
 Sin herir, dolor hacéis,
 y sin dolor deshacéis
 el amor de las creaturas.

Oh ñudo que así juntáis
 dos cosas tan desiguales,
 no sé por qué os desatáis
 pues atado fuerza dais
 a tener por bien los males.

.....

Nada te turbe,
 nada te espante,
 todo se pasa.
 Dios no se muda.
 La paciencia
 todo lo alcanza.
 Quién a Dios tiene
 nada le falta.
 Sólo Dios basta!

Son coplas de pie breve, con intensa y repetida rima, que queda aún más remarcada por la reiteración de un verso o dos a lo largo del poema y que funciona como tema musical hilvanante. Y no solo de lo formal. Son esos versos-estribillos los que contienen en apretada síntesis lo que puede decirse como secuela de la inefable comunión mística. Se alude a la relación amorosa entre Dios y el alma en la oración unitiva; se canta la paz y el consuelo del alma rendida en manos del Señor; no está ajena a esta loa la actitud exhortativa y docente en que su personalidad de maestra se encabalga sobre la poesía. Justeza de palabra y concepto que —insisto— reflejan su fuerza interior, su psicología sin dobleces. Y tienen por sello no la experiencia ilusoria sino la verdadera unión con el Amado que nos garantiza su santidad. Sus villancicos son de tal riqueza espiritual y teológica que merecen tratamiento aparte...

Cuánto habría por decir aún. Por ejemplo, de los símbolos en los

que acontecen lo místico y lo estético con envergadura sin igual; del "crístocentrismo" teresiano, de su fidelidad a la Iglesia visible y tanto más... Pero baste ya. De evocarla como mujer de letras y de oración se trataba. Acabo como comencé, con ese entusiasmo por la gran Teresa de Jesús que ojalá les pudiese contagiar. Terminó no con un poema mío, sino otro de Manuel Machado que me apropio:

Morir, de no morir —¡qué bien decías!—
 es mi pena también cuando en tí pienso.
 Y contagiado de tu amor inmenso
 vivo sin mí cual tú sin tí vivías.

Y es mi pura pasión de tal manera
 de premio alguno mi merced avara,
 que, aún no siendo grande, te admirara,
 y aunque no fueras santa, te quisiera.

De tu amor a Jesús maravillado,
 de sólo verte amar enamorado,
 como tú le llorabas yo te lloro.

Como tú suspiraste, yo suspiro.
 Como tú deliraste, yo deliro.
 Como tú le adoraste... yo te adoro.